

pués de la fiesta de Corpus, el año de 1548.

Poco antes de morir, manifestó deseo de que su cadáver fuera sepultado en el convento de su orden; pero el virrey y la audiencia dispusieron que lo fuese en la Catedral, y así se verificó con acompañamiento de personas de todas clases, y muy particularmente de los indios, que con la muerte del varón ilustre perdían á la persona que mejor desempeñara los oficios de padre, protector y maestro.

XIII.

Misiones.

La religión de San Francisco fué una planta que se aclimató en nuestro suelo y extendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenía la raíz en México y las ramas dilatadas hasta los pueblos más extraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestó la orden

seráfica en pro de la causa de la civilización de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las más importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevían á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenían verificativo aun antes de que expirase el siglo décimosexto, no puede menos el corazón de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, sería emprender una labor para cuyo desempeño no bastarían algunos volúmenes; sería tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intención.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenían por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecían escuchar la pa-

labra de vida: de ellas unas se debían sólo á los esfuerzos de los misioneros, y otras al espíritu emprendedor de estos favorecido y sostenido por el gobierno colonial. Consagremos por ahora algunas líneas á las de la última clase.

XIV.

Nuevo-México.

La provincia de este nombre fué descubierta por el capitán Francisco Hernández Coronado, que en el año de 1540 llegó por Chiametla y Valle de Corazones á los Tiguas y campos de Cibola; pero no fundó población ninguna, y hubo de volverse á la capital, logrando solamente el reconocimiento de aquellas vastas regiones y sus habitantes, para disponer la translación y establecimiento de misioneros que llamaban estos "hacer una entrada." No obstante estar allanado en cierto modo el camino, pasaron once años para que ésta llegara á verificarse, y fué con ocasión del cristiano empeño del venerable lego Fr. Agustín Rodríguez, el cual salió de México llevando en su compañía dos sacerdotes del

convento, que fueron Fr. Francisco López y el R. P. Fr. Juan de Santa María. Dióseles para su seguridad algunos soldados, por temor de que corrieran la suerte que otros religiosos en provincias habitadas por gente semejante; caminaron por Zacatecas hacia el norte cuatrocientas leguas; dieron con los Tiguas, y contemplando con asombro la muchedumbre de aquellas tribus, de quienes eran recibidos con benevolencia, llamaron á la provincia Nuevo-México.

Pero tampoco se alcanzaron por entonces muchos frutos, porque habiéndose separado el P. Santa María de sus compañeros para venir á dar la noticia á sus hermanos de México, tomó por distinto rumbo del que habían seguido, y á los tres días de camino, cayó en manos de los bárbaros, que le quitaron la vida. Los soldados que le acompañaban y que lograron escapar de aquel trance, fueron los que trajeron al virrey la funesta nueva.

A este descalabro siguió otro no menos deplorable. El año de 1582, Don Antonio de Espejo penetró en la provincia con cien caballos, algunos soldados bien equipados y un misionero, el P. Fr. Bernardino Beltrán; llegaron al país de los

Tiguas, pero hallando muertos á los PP. López y Rodríguez, tuvieron por conveniente retirarse, quedando abandonada la empresa por mucho tiempo.

Bien podía el gobierno haber intentado reducir por la fuerza á tribus como aquellas de condición tan intratable, pues ya contaba con los elementos necesarios; pero se conoce que la doctrina de Las Casas que reprobaba este medio violento para la conversión de los infieles, iba conquistando día á día en la opinión más terreno, del que se cree comunmente. Tarde ó temprano llega la razón á abrirse paso por entre las nieblas con que la ofuscan bastardos intereses.

Corriendo el año de 1595, se preparó y puso en camino otra misión compuesta de ocho religiosos, mandados por el comisario general Fr. Pedro de Pila, y presididos por el P. Fr. Rodrigo Durán, á quien sucedió Fr. Alonso Martínez en el mismo cargo. Llevaban en su compañía á varios colonos bajo el mando de Don Juan de Oñate, nombrado capitán general del nuevo establecimiento. Llegaron felizmente, y entre dos ríos fundaron una villa dedicada á San Gabriel, la cual prosperó en breve á causa de los aumentos que tuvo su población con

los indios que se iban convirtiendo al cristianismo.

Satisfechos los ministros apostólicos con el buen éxito de sus predicaciones, enviaron á México á algunos de sus compañeros para informar de lo ocurrido y á principios de la centuria siguiente, partió nueva misión á la villa recién fundada, llevando por custodio al venerable P. Fr. Juan de Escalona. Desde entonces fué en progreso la colonia, reforzada constantemente con nuevos obreros, y ya en 1623 se contaban siete monasterios, dechados de celo y observancia, establecidos entre diferentes tribus, como eran las de los Mansos y Lanos, Tiguas y Teguas, Pirós y Tumpiros, Pecuries, Taos, Pecos, Xumanas, Tanos, Queres, Hemes y Apaches. Por entre todas ellas hicieron brillar los frailes la antorcha del Evangelio, dando impulso á las labores agrícolas, secundados por la fertilidad asombrosa del terreno, y todos estos establecimientos formaron lo que entonces se llamó "Custodia de la conversión de San Pablo de la Nueva-México."

Para dar idea de los dones con que favoreció á aquel país la Providencia, traslademos á este lugar la pintura que de

él hacía Vetancourt en el siglo décimo séptimo. Védlá ahí:

“Distá de la ciudad de México hacia el norte, con declinación al poniente, la que era la Nueva-México, cuatrocientas leguas: está en 37 grados de altura, cuyo temple es al de nuestra España, parecido, porque nieva como en Europa, y llueve al tiempo que en España llueve; tiene arroyos y ríos que la bañan, en particular el río grande del Norte, donde se crían varios géneros de pescados regalados, se cogen nutrias y castores, de que se han hecho sombreros; tiene montes de arboledas y pinos, donde se cogen piñones, que no se han visto mejores, ni más tiernos; montañas ásperas y fragosas, donde habitan leones, osos, lobos y todo género de caza: conejos, liebres y venados, que llaman alazanes, casi del tamaño de toros.

“En los campos, que se dilatan por muchas leguas, hay cfbolas, que son especie de vacas con el pelo largo, y andan vagando en manadas cuantiosas. Hay aves y pájaros de diversos colores: águilas, gavilanes, ruiseñores, gallinas, pavos, codornices, perdices, palomas, golondrinas, y todo género de patos, y ánsares, zenzontles, de aquellos que son en México célebres por los varios cantos, que en

mexicano cenzontli es número de cuatrocientos; hay minas de plata, de cobre, de azabache, de piedra imán, y una de talco transparente á modo de yeso, que lo sacan como tablas, y adornan las ventanas con ellas como si fueran de cristal.

“Hay árboles frondosos, encinas, sauces y álamos; á la orilla del río se va por sombra de álamos por más de cuatro leguas: las semillas, legumbres, viñas y árboles frutales se dan con abundancia como en España; las carnes son gustosas y de substancia, y se procrean vacas y carneros mejor que en otra parte de las Indias: la salud de los hombres es más robusta, porque los temperamentos á sus tiempos no son variables. En toda la tierra no se usa de moneda, porque los tratos son á cambio, trocando una cosa por otra en especie, y así siempre corren los géneros por un precio.”

¡Dichosa la nación que posee actualmente ese dilatado territorio, donde la bendición de Dios hizo brotar un paraíso! El régimen colonial con su mezquina política de aislamiento y exclusivismo, si bien trató cuerdate de poblar aquellas regiones en los primeros años que siguieron á la conquista, descuidó á la larga de proteger la inmigración, único medio de civilizar á las tribus bárbaras

que las habitaban: después de la Independencia siguieron sus huellas nuestros gobiernos, sin pensar que colonizando la frontera con familias extranjeras y mexicanas, se hubiera levantado una barrera, donde se estrellaran los tiros ambiciosos del coloso del Norte. Al presente ha dado este un paso hacia nosotros. La mitad de nuestro territorio le pertenece y tiene fija la mirada sobre la otra mitad. Los bárbaros le preceden, y son la terrible espada de llamas que nos impiden la entrada de aquel encantado Edén.

XV

La Paz

No tuvieron tan feliz éxito en California los afanes de nuestros misioneros, bien que se frustraron por mucho tiempo igualmente las tentativas que hicieron varios expedicionarios navales por sojuzgar aquellas dilatadas provincias.

Cortés, capitán ambicioso y afortunado, no contento con haber puesto á la obediencia de su soberano los reinos de México y Michoacán, intentó asimismo, primero por otros y después por sí con-

quistar las Californias, que se presentaban á su acalorada imaginación como un país de oro bañado por un mar de perlas.

Pero todas estas expediciones, así como algunas otras que se verificaron después, sólo sirvieron para adquirir el convencimiento de que la empresa ofrecía dificultades no previstas hasta entonces y acaso insuperables por muchos años.

Mas llegó el de 1596, y la fortuna pareció deponer el desdén con que habla tratado á la ambición. Sebastián Vizcaino, hombre de mucho mérito, fué nombrado por el rey para expedicionar nuevamente á efecto de poblar y fortificar los puertos de California, que ya empezaba á ser objeto de la codicia de otras naciones, según pudo percibirse por el hecho de haber arribado poco antes á la península Francisco Drake, célebre corsario inglés y de haber tomado posesión de la parte septentrional, poniéndole el nombre de "Nueva Albión."

Con tres navlos bien provistos de todo lo necesario partió Vizcaino de Acapulco, llevando en su compañía cinco religiosos franciscanos que se ofrecieron para ese objeto, y fueron los RR. PP. Fr. Francisco de Balda, Fr. Diego Perdomo, Fr. Bernardino de Zamudio, Fr. Nicolás

de Zaravia y Fr. Cristóbal López. Llegaron al puerto de Zalagua y de allí á Mazatlán, donde desertaron algunos soldados y se quedó por enfermo el P. Balda.

Arribaron en seguida á un puerto que llamaron San Sebastián, donde hallaron gente que no usaba vestido, y de quienes no recibieron ninguna muestra de hostilidad. Finalmente, después de quince días de navegación trabajosa, llegaron á mejor puerto, donde los naturales los acogieron hospitalariamente ofreciéndoles desde luego perlas, pescado, pitahayas, ciruelas y una fruta menuda muy sabrosa, según el cronista, que no fué conocida de ninguno de los expedicionarios. Desembarcaron, y con asombro suyo llegaron á entender, por señas que les hacían los naturales, que allí mismo habían estado otros españoles, presumiendo que serían los que formaron la armada de Cortés, mandada por él mismo. Construyeron desde luego algunas cabañas para su habitación, y entre ellas una mayor para que sirviese de iglesia; tomaron posesión de la tierra con las ceremonias de estilo en aquella época, y aludiendo al buen recibimiento que les habían hecho los naturales, no menos que á la pacífica condición de éstos, llamaron á la nue-

va colonia el "Puerto de la Paz," nombre que conserva hasta el día.

Los religiosos con un ardor inextinguible y que parecía crecer con las dificultades, se dedicaron á la conversión de los indios, procurando disponerlos al bautismo con la enseñanza cristiana; mostrábanseles aficionados, esforzándose en aprender la lengua del país, y atrayendo á los niños con caricias y regalos; los indios correspondían á esta benevolencia sometiéndose á los apóstoles con la docilidad y cariño de hijos; y en una palabra, todo parecía afianzar para siempre la conquista de aquel territorio, cuando un incidente vino á echar por tierra esperanzas que se creían muy bien cimentadas.

Pero ese incidente, que nada tiene de ficticio, ha servido de base á una conseja que brevemente referiremos en seguida.

XVI

Perder un tesoro por lograr otro.

I

Era D. Lope un joven juicioso, trabajador, de fisonomía agradable, de genio suave y condescendente y de modales atractivos; era, en suma, lo que ahora suele llamarse "un mozo de provecho."

Aunque en España tenía lo suficiente para vivir con decencia, pues que era hidalgo de casa solariega, contagiado del espíritu aventurero de la época de los Pizarros y Corteses, vino á Nueva España como paje del virrey D. Luis de Velasco el II, deseoso de mejorar de fortuna, ya sirviendo un empleo lucrativo en palacio ó ya entrando en la carrera eclesiástica con no dudosa esperanza de obtener un pingüe beneficio.

No le faltaban estudios, habiendo pasado la flor de sus años en la célebre universidad de Salamanca, de donde concluidos sus cursos, salió á viajar por Italia con el único fin de aumentar el caudal de sus ya no vulgares conocimientos.

Estas prendas, unidas á las demás ventajas que su posición le daba, hacían de

él una persona que hubiera podido captarse la amistad de lo más florido de la sociedad mexicana, á no ser por su poca ó ninguna afición al trato humano, especialmente con individuos del sexo hermoso.

Procedía en gran parte este despego de cierta aventurilla amorosa que tuvo en sus primeros años, de la cual no salió tan airoso como deseara, y que había dejado en su corazón una huella muy profunda de pesar. No obstante, su estado habitual por lo tocante á afectos de esta especie era la más completa indiferencia. ¿Hablábasele de amores? contestaba con una sonrisa amarga ó con alguna expresión irónica, que revelaban un alma herida de tristes decepciones.

No hay que dudarlo. Esa postración de las potencias afectivas del hombre como resultado de alguna contrariedad en los primeros pasos por la senda del amor, no es el patrimonio exclusivo de la juventud de nuestros días: hoy se decanta por el empeño mímico de ostentar una experiencia precozmente adquirida; pero en realidad de verdad ha sido enfermedad endémica en todos los siglos y en todos los países, y eso de "cruel escepticismo, desengaños atroces, ensueños desvanecidos, pesares roedores, mortal des-

aliento y perdidas ilusiones," era achaque de que adolecía nuestro D. Lope como el más desafortado romántico.

II

A la sazón vivía en México una señorita, criada en el mimo, ávida de lucir su hechicera persona en concurrencias escogidas, ardiente apasionada del baile, admiradora de jóvenes aturridos con humos de calaveras, y para no decir más, el reverso de D. Lope.

La naturaleza y la sociedad parece que se complacen en tales contrastes, y no pocas veces se divierten intentando destruirlos por medio de la asimilación.

El joven juicioso vió una vez en la corte á Da. Elvira (tal era el nombre de la dama), la vió, es verdad; pero la vió sin el menor movimiento de admiración ó de entusiasmo: la vió como el matemático que se halla en presencia de un sólido, cuya densidad y volumen pretende averiguar por medio del cálculo.

No sólo la vió y contempló á todo su sabor sin el más mínimo peligro, sino que pudo resistir el brillo fascinador, las centellas que brotaban de los ojos de la hermosa, y lo que es más, el prestigio de su gallardo continente y de las dulcísi-

mas sonrisas que travesaban en sus labios infantiles.

Terminó aquella casual entrevista. Da. Elvira se retiró de palacio sin haber reparado siquiera en la interesante figura del sesudo D. Lope; mas no sucedió otro tanto con éste, que al entrar á su aposento conoció que había visto demasiado, acasó con exceso, á la joven.

Alarmóse un momento al notar en su alma alguna zozobra: procura restituirse á la antigua calma, toma un libro en la mano y se empeña formalmente en distraerse con la lectura, pero son inútiles todos sus esfuerzos. Mientras recorría las páginas, leyendo sin entender lo que leía, escuchaba en sus adentros la voz argentina, sonora, melodiosa de Elvira, como si transportado al cielo escuchara el canto de un ángel; y cuanto más empeño ponía en librarse del recuerdo de la seductora virgen, más se sentía atraído, magnetizado, fascinado, poseído por su picante hermosura. Parecíale que una mano misteriosa estampaba en su corazón la imagen de la bella con un hierro ardiendo.

¿Será menester declarar que D. Lope estaba enamorado?

III

—“Nihil novum sub sole,” nada hay nuevo en el mundo, verdad trillada y que sin embargo podrá, á mi juicio, valerme con las personas de seso que me conocen, cuando lleguen á enterarse de la locura en que estoy abismado. ¡Qué dirán! (hablaba consigo mismo el infortunado joven) D. Lope visita á Da. Elvira, D. Lope se casa; D. Lope, las esperanzas del reino, el ídolo de las personas sensatas, el ejemplo de la corte, está perdido de amores, ¡y por quién! por una niña casquivana, antojadiza, indiferente y juguetona como el agua de un arroyo que corre sin saber á donde va, y murmura sin expresar ningún sentimiento.

—¡Pues bien! esa es la verdad! ¡Lejos, lejos de mí la ambición! Nada deseo, nada quiero sino á Elvira: ¡Elvira es el aire que respiro, la vida que me sostiene, el sol que me alumbraba y el amor de mi alma! Por seguirla recorrerla sin descanso día y noche toda la tierra; una sonrisa suya es mi gloria; sus palabras suenan dulcemente en lo íntimo de mi corazón como una música divina; la adoro como á una deidad, y por alcanzar su cariño le tributaría el homenaje de todo mi ser!..

IV

Por lo dicho se ve que nuestro D. Lope estaba de buen temple.

No se requería más para que la niña fuese demasiado esquiva con el amante. Si hubiese sido menos leal, menos amarrelado, menos rendido, acaso, y sin acaso, le habría tratado con más consideraciones; pero era todo lo contrario, y la traviesa dama le mataba á desdenes, no tenía para él ni una palabra afectuosa, ni una mirada compasiva, ni un ademán que le hiciese concebir la más ligera esperanza.

—¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡cuán terribles sois con las víctimas de vuestros hechizos!

Así exclamaba D. Lope á sus solas, dándose fuertes palmadas en la frente, haciendo propósitos de no volver á visitar á la joven y maldiciendo con todas veras el imán irresistible de su peregrina, aunque maligna hermosura.

Pero el amor hacía desaparecer tales resoluciones, como las plumas que arrebatada entre sus alas un remolino.

V

Presentóse el joven una mañana en la casa de su amada, y la encontró sentada en un sillón, sola, con el pañuelo á los ojos y llorando á lágrima viva.

—¿Puedo saber lo que os aflige, señora mía? díjole con acento que hubiera conmovido á una roca.

—¿Qué pueden importaros mis padecimientos? contestó sollozando la dama; y aunque os importaran, ¿está en vuestra mano alcanzar lo que deseo? ¿teneis poder para remediar mi desventura? ¡Ah, si así fuera, mi mano os pertenecería! yo no sería más que de vos, porque ningún otro merecería mi afecto; pero ¿qué digo!.... El pesar me trastorna la cabeza: ya no sé ni lo que me digo, perdonad....

—¡Decid, decid! Hablad con franqueza á un alma que es toda vuestra, y que se siente con fuerzas bastantes á realizar imposibles por mereceros, por granjearse vuestro amor, por decirse con orgullo—¡es mía!

El joven estaba asombrado de ver acongojada á una niña que, en su concepto, era incapaz de enternecerse por nada de esta vida; á quien no había visto se-

ria, verdaderamente seria, sino para desdenarle; y que no había empleado sus diez y siete primaveras, sino en bailes, tertulias, paseos y diversiones de todo género, fuera de cuyo círculo no concebía felicidad alguna para los mortales. Aprovechando, pues, esta coyuntura que le ofrecía la conmoción de la bella, redobló sus esfuerzos para conquistar un objeto que hasta entonces había huído de su amoroso empeño, como la mariposa que se retira volando de una flor al tiempo que va á ser presa de los dedos de un niño.

—¡Hablad, hablad! no tenéis que hacer sino mandarme para ser obedecida: vuestros pesares son también mis pesares, vuestra dicha, la gloria de mi alma, y por libraros de un instante de pena, por excusaros el más leve disgusto, daría toda mi vida, todo mi reposo, toda mi fortuna, todo lo que soy y puedo!

—Sois galán á las derechas, D. Lope (contestaba la dama); pero, creedme, es inútil manifestaros mis cuitas... ¡se han hecho tantas diligencias!.... Nada.... todos mis parientes se han dado á buscarla con el mayor empeño.... se perdió cuando mejor guardada se creía.... y no, no parecerá jamás... oh! soy muy desdichada!—¡Adiós!

Terminando estas palabras se retiró Da. Elvira á llorar á su retrete, dejando al mísero amante hundido en la mayor confusión, de que no salió, sino con la llegada de algunos individuos de la familia, que le encontraron triste y cabizbajo.

VI

Y después de todo, ¿cuál era la causa de tanta angustia? ¿cuál el verdadero concepto que envolvían las expresiones inconexas que pronunció Elvira poco antes de retirarse?

Lo diremos aun con riesgo de que nuestra heroína baje quizá demasiado en la estimación de los lectores. Se susurraba lo siguiente:

Poséa Elvira entre sus alhajas una perla de extraordinario tamaño y de un oriente maravilloso. Su padre la adquirió en Portugal de un rico negociante de la India, que al vendérsela le dijo:— ¡Oh, señor! os haceis dueño en este instante de un objeto que casi, casi vale una fortuna: creedme, los mil ducados que me dáis por ella es suma bien mezquina en comparación de su verdadero precio; y el Gran Turco me los ofrecía, y aun quizá me habría hecho mejor propuesta á tener yo ánimo de vendérsela;

pero no quiero á esos perros de musulmanes, y si no hubiera un caballero cristiano que se quedase con ella, más bien se la regalaría á mi rey.

Elvira cifraba en la perla todo su orgullo de muchacha. Amábala no por el valor que tenía—mil ducados para su fortuna eran una bagatela—sino por la estimación de que era objeto entre sus amigas, por el placer que le causaba cuando todas á porfía se empeñaban en que les dijese la procedencia, el costo, y en una palabra, toda la historia del dije.

Pero este dije adorado se había perdido sin saber cómo ni cómo no. Para dar con él se hicieron laboriosas y exquisitas diligencias: todo fué inútil; y he aquí por qué la dama estaba inconsolable; he aquí por qué se conceptuaba la mujer más infeliz en toda la redondez de la tierra, y he aquí también por qué D. Lope, que había ido á visitarla dos días después de este suceso, fué recibido por ella de tan mal talante.

VII

Más cuando el amor ha echado profundas raíces en el corazón, jamás se desalienta ni amilana: todo lo cree hacedero, menos prescindir del culto que tributa á su ídolo.

Habiendo el joven emprendido todos los caminos decorosos que podían guiar á la conquista de su amada, y todos sin fruto, se decidió á valerse de un recurso, en la mayor parte de los casos, infalible, el interés.

—¡Oh! el interés! se decía á sí mismo como peseído de febril demencia, ¡el interés!... ¡será posible!... ¡no hay remedio! ¡rendirle parias!... ¡maldito interés! El es la polilla que roe la sociedad: se mezcla en todos los negocios de los hombres, como esas dulzonas palabras de mentido afecto que se cambian ordinariamente en las conversaciones, y asoma en las acciones más generosas como entre la grama y las flores del prado suele aparecer una víbora.

En efecto, no hubo remedio. Volvió D. Lope á tener una entrevista con la bella, y moviendo el resorte consabido, le habló de esta manera:

—Estoy ya perfectamente informado de lo que causa vuestra desventura.

—¿Sabéislo? contestó Da. Elvira sonriendo con esfuerzo.

—Y no sólo, sino que....

—¿De veras? ¿no soy disculpable en afligirme tanto?

—Tenéis razón; pero lo que puede remediarse....

—¡Cómo! no alcanzo....

—¿Qué recompensa otorgais á quien os entregara la presea?

—Ya lo dije una vez delante de vos, y lo dicho, dicho.

—¿Cuál?

—Mi mano.

—¡Pues bien! tendréis lo que os hace tanta falta para ser feliz.

—Muy difícil lo veo.

—Para el amor no hay imposibles: adiós!

VIII

Una nora después llamaba D. Lope á las puertas de una casa ruinosa, sita en uno los barrios más solitarios de la capital.

Tocó dos y tres veces con brío.

Nadie acudió al llamamiento.

Ya se retiraba enfadado de tanta espera, cuando una voz que sonó en lo alto de la habitación le detuvo. Producíala una muchacha que asomando á una ventanilla, con una mirada en que se pintaban la desconfianza y el recelo, después de contemplar unos instantes al joven, le habló de esta manera:

—¿Qué desea usted, niño?

—¡Abre pronto, muchacha!... ¡Oh, qué dilación!

—Pero dígame vuesa merced lo que quiere, si no, no abro.

—¡Mujer de... Dios! Abre, vengo á hacer á tu ama una consulta.

—Eso es otra cosa. Allá voy.

—¡Pronto!

En efecto, la puerta amarillenta del zaguán giró rechinando sobre los goznes, y dió franca entrada al joven, que sin duda tenía tanta prisa, temeroso de que alguno de sus conocidos no le viese por aquellos andurriales. Un ambiente húmedo y melítico le salió al encuentro, y el aspecto decrepito de las paredes descascaradas por la acción del salitre le presó el corazón; pero no era cobarde, y pasó adelante con intrepidez.

Atravesó un patiecito desigual, en uno de cuyos ángulos yacían varios tiestos donde crecían sin cultivo algunas pobres plantas, que parecían participar de la miseria que respiraba toda aquella morada siniestra; y á la entrada de un callejón que conducía á otro patio más reducido y lóbrego, salió á recibirlo una figura escualida, de cabello cano y desordenado, de ojos pequeñuelos y penetrantes, que era ó parecía mujer.

El joven y ella se miraron un momen-

to sin hablarse: él estaba mudo de estupor; ella procuraba sonreír, y cuanto más desplegaba los labios, adquiría su semblante una expresión más horrible. Después, con una voz estridente rompió el silencio, hablando de esta manera:

—Amito mío, ¿tendréis á bien decir en qué puedo servirlos? La casa es pobre como veis; pero la voluntad de seros útil es grande. Pasad, vos pareceis cansado... y tal vez agobiado con algún pesar... ¡Oh! estos mozos que se dan tanta prisa en vivir.....

—No os engañáis buena mujer, yo he padecido un quebranto en mis días que llena de acíbar mi corazón, mi corazón que antes rebosaba paz y bienestar.

Diciendo esto tomaban asiento ambos interlocutores en lo más recóndito de una pieza sombría, míseramente amueblada, en donde la luz natural que con parsimonia entraba por la puerta, luchaba con la lúgubre claridad que producía una lámpara colocada á la pared delante de la pequeña imagen de un santo.

El joven continuó:

—Seré breve.

—Decid cuanto queráis, que no tengo más gusto que escucharos.

—Sabed que tengo el alma herida de amores.

—Todo lo sé, proseguí.

—Pues si todo lo sabéis, decidme ¿qué es lo que me ha movido á venir á visitaros?

—La dama á quien servís exige mucho de vos....

—¡Bien! muy bien!

—Cosas que rayan en lo imposible... ¿no es verdad?

—Adelante, y pues que adivináis, decid ¿dónde se encuentra la malhadada perla, ó dónde podré proporcionarme otra semejante?

—¡Ah sí.... la perla!

En este instante la extraña mujer, fijando un dedo sobre los labios é inclinando la cabeza hacia el pecho, se puso á reflexionar repitiendo maquinalmente: la perla... la perla... sí, la perla.

Después, como si hubiera penetrado en su mente un rayo de luz, levantó el rostro y volviéndose al joven que esperaba con impaciencia una respuesta, díjole con aire triunfante:

Ya es tiempo perdido
Buscarla en la corte;
¡La miro en el norte
La miro brillar!

Princesa arrogante,
De estirpe guerrera.

La halló en la ribera
Del pérfido mar:

Y osténtala ufana
Del labio pendiente,
Con garbo inocente
Que provoca á amar.

Partid, caballero,
Partid de la corte
Que miro en el norte
La perla brillar.

—Pero vos me hacéis desesperar, buena mujer.... ¿será posible!... en el norte... ¡bien! pero ¿en dónde? ¿en qué país?... ¡esto es muy vago! Explicaos algo más.

Y el desdichado D. Lope al pronunciar estas palabras, estrechaba entre sus manos con expresión un sí es no es afectuosa, los descarnados dedos de aquella especie de sibila que había escapado por milagro de la garra de la Inquisición.

Mas la mujer permaneció muda.

Viendo el joven que el oráculo no se dignaba ya proferir ni una sílaba, puso un bolsillo con oro sobre el asiento que ocupaba y salió precipitadamente del albergue, conducido hasta el zaguán por la muchacha que le había hablado desde la ventana al entrar.

IX

—Ya no más que este absurdo me faltaba cometer en mi malaventurada carrera de amores para tener la gloria de haberlos cometido todos: ¡Vaya con el mozo de seso!... ¡Cómo quiso mi mala estrella que viniese á dar á manos de esta bruja ruín!... ¡Y vamos que se reviste de toda la majestad de una pitonisa!... aire inspirado... respuestas en verso... poca precisión en los conceptos... manía de todos los embusteros de su clase... ¡Pero y si la Providencia ha querido darme un aviso por medio de esta mujer!... ¿Volveré á suplicarle que se dé á entender conmigo con más claridad? Pero ¿y si es inútil? ¿Y si ella misma no sabe acerca de la perla más de lo que me espetó en sus mal forjadas coplas?... “La miro en el norte” ¡así podía estarla viendo toda su negra vida!... ¿A qué tierra del norte os dirigís á buscarla?... Pero aguardo... ¿no es cierto que las nuevas provincias que llaman Californias se están haciendo famosas por las ricas perlas de los mares que las bañan?... Cabal: la bruja tiene sobrada razón. Pero vamos á que nos coma vivos un bárbaro chichimeco... En fin, ya veremos.

Tal fué el soliloquio de nuestro D. Lope después de salir de la casa de la sibila.

Llegó á su morada; entregóse á sus habituales ocupaciones; pensó en su suerte, soñó y deliró con el objeto de sus desvelos; en una palabra, su vida siguió el cauce acostumbrado; pero él desapareció de la ciudad después de algunos días, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero.

X

Hacia este tiempo se embarcaba en Acapulco la colonia que después se estableció en la Paz.

Luego que arribó al puerto de este nombre, mientras los franciscanos con parte de los soldados se dedicaron á construir habitaciones, el capitán Vizcaino á la cabeza de la otra parte siguió explorando la tierra, internándose hasta cien leguas de distancia. Al mismo tiempo hizo salir del puerto un navío á reconocer la costa que se dilata hacia el noroeste, previniendo á los que en él iban que no desembarcaran, sino en los lugares donde viesan á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente.

Hicieronlo así, pero su expedición fué desgraciada, porque habiendo saltado á

tierra una vez, durante la navegación, fueron acometidos por los bárbaros, perdiendo en el encuentro unos diez y nueve soldados, si bien hay quien atribuye este desastre á que estos mataron á cuatro de los primeros. No habiendo descubierto, sino tierras estériles, volviéronse á la Paz, donde ya estaba de regreso Vizcaíno, que había sido más afortunado en su correría.

Pero comenzaron á escasear los víveres, y los soldados á mostrarse descontentos y aun impacientes por volver á México.

Había entre éstos uno, cuyo porte adusto y sombrío le alejaba las simpatías de sus camaradas, si bien él los miraba á todos con el desdén de un hombre que acoge con igual ánimo así la amistad como los odios de sus semejantes. Huía de las conversaciones; á ninguno descubría su verdadero nombre; unos le creían loco, otros desgraciado, y no faltaba quien le tuviese por algún criminal de alta clase, prófugo por no dar en manos de la justicia. Pero él se desentendía de todos los comentarios que podían hacerse acerca de su persona, y no variaba de conducta, porque tampoco estaba en su mano.

Paseando una tarde este soldado por la playa y espaciándose en la contempla-

ción del océano, vió á corta distancia á una india que venía majestuosamente sentada en una piragua conducida por algunas remadoras de gallarda figura. Era la hija del jefe de los naturales que habían dado hospitalidad á los españoles.

El soldado la observó con ahinco, y quedó admirado del gentil continente de la misma, cuando al desembarcar le saludó con una modesta sonrisa, y precedida de las muchachas que antes remaban, se encaminó al aduar de su tribu. Siguióla un momento con la vista, y dando después un grito que en vano procuró sofocar, echó á andar desaladamente tras ella hablando consigo mismo:

—Algo que luce á modo de perla he visto pendiente de su labio..... ¿será verdad?..... ¿habrá llegado el instante de conocer que no se equivocaba la vieja de marras? Sigamos á la india:

Princesa arrogante
De estirpe guerrera....

—¡Caball!... ¡Oh dicha! ha vuelto el rostro para verme y ¡no hay duda! lleva la perla tan ansiada....

El militar apresura el paso; habla á la joven; pídele la joya; niégasela ella; insiste él en su pedido, y por fin se la quita por fuerza, dando lugar con este aten-

tado á que los indios se subleven y no dejen á los colonos más partido que el de embarcarse apresuradamente y tomar el rumbo de Acapulco.

Buscaron éstos con todo empeño al autor de la violencia, al soldado misterioso, pero había desaparecido poco tiempo antes de que se descubriese su delito.

XI

—¡D. Lope se casa!

—D. Lope obtiene lo que tantos otros mozos pretendieron en balde, la mano de la hermosa, de la sin par Da. Elvira.

—¿Y por qué ha estado ausente tanto tiempo?

—Se dice que fué á España á recibir una cuantiosa herencia.

—¡Bien! y ¿cuándo es la boda?

—Muy pronto, según se barrunta por ahí.

Tal era con corta diferencia el resumen del diálogo que entablaron los amigos de Elvira dos meses después del suceso poco hace referido, con ocasión de haberse presentado el joven juicioso en la casa de aquella, tan enamorado, tan rendido como siempre, á pedir en toda forma la mano de la niña.

El desvío, los desdenes habían desaparecido como por encanto. ¿Quién podía

explicar esta mudanza? ¿Poseía el joven la costosa perla, cuya entrega á Da. Elvira sería premiada con la posesión de ésta?

No cabe duda, atento el carácter de la dama, que esta era la única explicación que podía darse de aquel fenómeno.

Pero hay más.

Don Lope tuvo una entrevista á solas con su amada.

—Al fin os dejáis ver en la corte después de una ausencia de tantos meses: ¿habéis caminado mucho, D. Lope? Supongo que ya habréis tomado estado, ¿no es así? ¿cuál es el nombre de vuestra esposa? En punto á hermosura, doy por supuesto que ha de ser un prodigio, aunque no solías tener en esta parte muy exquisito gusto. Pero creo no llevaréis á mal que os pida por favor que nos veamos ella y yo en casa para conocernos, y espero que seremos buenas amigas; ¿ó pensáis de otro modo?

He aquí las palabras con que la dama recibió al galán y de las cuales no se prometió este ningún buen resultado.

—¡Oh señora! sois muy cruel con quien tanto os ama, y que no ha dejado pasar un sólo instante de su vida sin consagrároslo!

Al hablar así D. Lope sacaba del bol-

sillo un cofrecito de nácar, y poniéndolo en manos de la hermosa, siguió diciéndole:

—Ved aquí la única respuesta que debo dar á las expresiones con que no ha mucho me habéis zaherido: ¡abridlo!... ¿Os causa sorpresa? ¿Es la misma joya que perdisteis y que tantas lágrimas costó á vuestros hermosos ojos?

La joven quedó mirando atónita el interior del cofrecito, donde lucía una perla maravillosa. Entre tanto ambos interlocutores guardaron profundo silencio.

—Sabeis amar, D. Lope, estoy convencida, dijo la dama después de un minuto. La perla de que os hablé hace meses, y que dió motivo á vuestro viaje, no ha existido más que en mi fantasía: he querido probaros, y no me arrepiento. Ahora disponed de mí á vuestro albedrío; y en cuanto á la perla que me ofrecéis, tiene ya mejor destino, mejor dueño: el primer día después de nuestra boda iremos al Santuario de los Remedios y la pondremos en la corona ó en el manto de la Virgen: ¿os parece bien?

XII

Días después acaecieron en México simultáneamente dos hechos que llamaron la atención de una manera particular;

fué uno de ellos el matrimonio de D. Lope, y el otro la llegada de los soldados que habían salido para Californias al mando del capitán Vizcaino.

Toda la ciudad se conmovió al saber el hecho que apresuró la venida de los expedicionarios, y fué la causa porque se perdió la colonia de la Paz.

Misioneros y soldados no cesaban de repetir en todas las conversaciones sobre este particular:—“por una perla se perdió un tesoro.”

Sólo D. Lope, que no daba tanta importancia á las lamentaciones, repetía á su vez estampando un ósculo en la mano de su esposa:—No lo niego, vida mía: soy culpable, pues conocí todas las consecuencias de mi acción; pero me consuelo con esta idea, que si por una perla se perdió un tesoro, por esa misma perla he ganado otro.